

LA FALLA Y EL FUNAMBULISMO: ESTUDIO DE LA NOCIÓN DE COMUNICACIÓN EN DONALD W. WINNICOTT A LA LUZ DE LA FILOSOFÍA DE JACQUES DERRIDA

The Failure and the Tightrope Walk: A Study of the Notion of Communication in Donald W. Winnicott considering the Philosophy of Jacques Derrida

Jean Alexander Masoliver-Aguirre¹

Universidad Alberto Hurtado, Santiago de Chile

amasoliveraguirre@gmail.com

Resumen

El presente documento busca establecer un diálogo entre el pensamiento de Donald W. Winnicott y la filosofía de la deconstrucción de Jacques Derrida a partir de la noción de comunicación. Se realiza un análisis comparativo de las ideas de ambos autores sobre la comunicación utilizando como punto de partida una viñeta clínica de Winnicott, destacando cómo la comunicación se conceptualiza tanto en el dispositivo analítico con el niño como en el ambiente, con relación al vínculo entre el analista y la madre del paciente. La deconstrucción de Derrida tiene importancia toda vez que pone en el centro de la comunicación y como su condición de posibilidad el equívoco. Se argumenta, en definitiva, que la noción de comunicación en Winnicott y Derrida puede ser enriquecida a través del diálogo entre ambas perspectivas. Se propone la metáfora del funambulista para describir la labor del analista, quien se encuentra en constante amenaza de fallar en la comunicación, pero que esa misma condición valida su vocación.

Palabras clave: Donald W. Winnicott, Jacques Derrida, comunicación, deconstrucción, falla.

¹ Licenciado en Ciencia Política y Relaciones Internacionales por la Universidad Alberto Hurtado. Magíster en Filosofía por la Universidad Alberto Hurtado.
<https://orcid.org/0000-0002-2870-0952>.

Abstract

The present document aims to establish a dialogue between the thought of Donald W. Winnicott and the philosophy of deconstruction of Jacques Derrida based on the notion of communication. A comparative analysis of the ideas of both authors on communication is carried out using as a starting point a clinical vignette by Winnicott, highlighting how communication is conceptualized both in the analytical setting with the child and in the environment, in relation to the bond between the analyst and the patient's mother. Derrida's deconstruction is important insofar as it places equivocation at the center of communication and as its condition of possibility. It is argued, in short, that the notion of communication in Winnicott and Derrida can be enriched through the dialogue between both perspectives. The metaphor of the tightrope walker is proposed to describe the work of the analyst, who is constantly threatened with failing in communication, but that this very condition validates his vocation.

Keywords: Donald W. Winnicott, Jacques Derrida, communication, deconstruction, failure.

Fecha de Recepción: 28/02/2024 – Fecha de Aceptación: 30/04/2024

I. Introducción

El objetivo de esta investigación es encontrar un punto de encuentro entre el pensamiento winnicottiano y la filosofía de la deconstrucción de Jacques Derrida. La intención de tender ese puente se ha visto ya en trabajos como el de Bitan (2012), Legrand (2021), –desde la filosofía crítica– Stiegler (2010) y, en América Latina, desde el lado teórico, Alencar y Franco (2020) y, desde una perspectiva clínica, Rodolfo (2004; 2009).

La habilitación de una vía entre ambas formas de comprender la realidad y de hacer dialogar disciplinas distintas se realizará a partir de la noción de *comunicación*, la cual es cara a ambos autores, aunque debe reconocerse un interés más explícito en el francomagrebí

que en el inglés. Esto sucede por la formación de Derrida y la importancia que otorga, en consecuencia, a los actos de habla performativos, los cuales licencian efectos en los objetos del mundo.

Utilizaremos como metáfora y catalizador de esta investigación un ejemplo que el mismo Winnicott propone como viñeta clínica en 1960. Trata sobre un niño que tiene cierta predilección por el juego con cuerdas, atándolas a distintas cosas para lidiar con su angustia de separación respecto de su cuidadora. Posteriormente, se desarrollará un recuento de la noción de comunicación en Winnicott y la importancia que tiene para su propia clínica, enfatizando la importancia de esta para el reconocimiento por parte del niño o el analizante de constatar la realidad. La importancia de la noción de comunicación será el resultado inherente a propósito de su falla. Usaremos este punto para describir la posición de Derrida a propósito de la indefectible falla precisamente porque la singularidad del objeto es incontrovertible, aunque nace en nosotros la necesidad de poner en el nombre propio la esperanza (la misma esperanza del antisocial de Winnicott) de que pueda entenderse el mensaje. El momento final de este trabajo es la idea de que el analista se encuentra en constante amenaza de fallar con su comunicación, pero que esa condición de funambulista no hace sino validar su vocación como tal.

II. Siguiendo la noción de comunicación en Winnicott

En la versión editada en 1971 de «Objetos transicionales y fenómenos transicionales» (Winnicott, 2013c) –que apareció en *Realidad y juego*–, Winnicott propone una viñeta clínica que tituló «Cuerda». Se trataba de un niño que tenía problemas de ansiedad de separación respecto a su cuidadora (la madre) y que forjaba un síntoma a partir del uso de cordeles y objetos similares para atar las cosas que le rodeaban. El síntoma se volvió de preocupar cuando el niño (de 11 años) ató por el cuello a su hermana.

La forma en la que el pediatra encaminó la cura fue hablando con su madre (algo usual en él). Su manera de abordarlo fue bastante directa:

Le expliqué a la madre que su hijo se encontraba ante el temor a una separación, y trataba de negarla utilizando el cordel, del mismo modo que un adulto negaba su separación respecto de un amigo *empleando el teléfono*. [...] le hice saber que *si llegaba a encontrar algún sentido en lo que le decía*, me agradaría que *conversase sobre el asunto con su hijo*, en el momento conveniente, *para informarle acerca de mis afirmaciones* y desarrollar luego el tema de la separación según la reacción del chico (2013c, p. 50, énfasis mío).

El título con el que fue bautizado este caso fue –no podría ser de otra manera– “String” (Winnicott, 1960), esto es, cuerda. Sin embargo, es muy llamativa la adición al título que Winnicott realiza: “String: A Technique of Communication” (Winnicott, 1965, p. 153). Esta subtitulación es respetada por sus traductores al castellano («La cuerda: una técnica de comunicación» (Winnicott, 1993b, p. 200) y «El cordel: técnica de comunicación» (Winnicott, 1981, p. 185)).

El texto al que hacemos referencia es un texto clínico, sí, mas no únicamente clínico. Es un recurso no sólo técnico, sino discursivo –esto es, performativo– para relevar la importancia que tiene la noción de comunicación en el dispositivo clínico.

No obstante, precisamente porque sucede la comunicación en un dispositivo clínico, y sabemos que este no puede sino estar cruzado y condicionado por una serie de factores que proceden del ordenamiento social en el que se constituye (Parker, 2014; Parker & Pavón-Cuéllar, 2021; Pavón-Cuéllar, 2014; Puget, 1991; Puget & Wender, 1982), es que debemos ponerla en los engranajes de la crítica y disponer de los resultados de esta reflexión para la mejora que los analistas podrían tener de la técnica en la clínica.

Por supuesto, esta no es la única vez que Winnicott se refiere a la comunicación. Por ejemplo, en *Deprivación y delincuencia* se destaca la importancia de la *falla de comunicación* como elemento clave para considerar la clínica de la tendencia antisocial. Es explícito: “Dentro de este campo [las fallas de comunicación] se observa clínicamente toda la sintomatología de la tendencia antisocial” (Winnicott, 1991d, p. 159). Sin embargo, en este relato no todo está perdido. La tendencia antisocial, como sabemos, comporta la esperanza.

La falla de comunicación puede hacer posible el brote de una esperanza, aunque precaria. Donde se falla, emerge la posibilidad de mirar más allá del horizonte inmediato del ambiente en el que se esperaba un sostén. Donde no hay otro que reciba la intención comunicativa del joven, la esperanza permite movilizarlo:

El niño cuyo hogar falla en darle un sentimiento de seguridad, busca fuera de su hogar las cuatro paredes; todavía tiene esperanza [...]. Busca una estabilidad externa sin la cual se puede volver loco [...]. El niño antisocial está meramente buscando un poquito más allá, esperando de la sociedad en vez de en su propia familia o en el colegio para proveer la estabilidad que necesita [...] (Winnicott, 2023, p. 72).

Considerando lo anterior, escrito doce años después, ¿qué sería esta estabilidad sino el otro que sostiene mediante el habla y la escucha? Esta estabilidad es el conocido *holding*, esto es, “un ambiente que se ajuste a las necesidades [del niño]” (Abram, 2007, p. 196). Llamativo es, en este caso, que el otro es ambiental también, lo cual remite a la función del encuadre en el dispositivo analítico (Anderson, 2014; Green, 1975; Winnicott, 1999a; 1999c).

En otra ocasión, Winnicott se refiere a la comunicación como una acción que se efectúa a partir de las zonas erógenas clásicas del psicoanálisis. De hecho, este texto ha sido fechado en el mismo año que el de *Delincuencia y deprivación*. En él, Winnicott sigue la hebra del clásico artículo de Freud “Pegan a un niño”. Desde ahí, naturalmente, su preocupación se centró en la fantasía. Desde ahí el pediatra reconoce la crueldad propia de la organización anal y expone una viñeta clínica para ilustrar la relación entre tal zona erógena y la fantasía de ser golpeado. El caso consiste en una mujer que tenía una idea “perversa” en la que fantaseaba con su propio masoquismo. Como es común en nuestro objeto de estudio, el análisis retrotrajo a la paciente a sus propias vivencias de infancia. A los cinco años, la mujer recibía golpes con un palo (*stick*, en inglés) efectuados por una señora de apellido Stickland. Todo esto era un recuerdo encubridor. Se descubre en el análisis, que “la idea de ser pegada estaba suplantando la extrema desesperanza de esta paciente en cuanto a comunicarse con su madre en un nivel anal” (Winnicott, 1991c, p. 66). Winnicott señala que

es la falta de recepción de la comunicación (en este caso anal) la que sume a la mujer en una “extrema desesperanza”. Esta se extendió a nivel oral más adelante. Resulta que era la fijación sádica reprimida contra las personas del sexo femenino por parte de su madre la que impedía dicha comunicación, provocando asimismo en la paciente una fantasía fija como formación defensiva.

Un texto fundamental para comprender la comunicación en Winnicott será “La interpretación en psicoanálisis”. En este artículo, para el autor parece de particular importancia que la comunicación *se sepa como tal por parte del paciente*. Esto garantiza que el *rapport* que se crea en el dispositivo tenga la forma de un sostén que habilite la cura. El *rapport*, por lo demás, permite al paciente reconocerse a sí mismo como “persona”: “El primer sentido de la interpretación psicoanalítica, entonces, radica en el reconocimiento del gesto comunicativo del paciente, y por tanto, en el reconocimiento del paciente como “persona”” (Martínez, 2016). Dice el pediatra: “El propósito de la interpretación debe incluir el sentimiento del analista de que se ha hecho una comunicación que *debe ser reconocida como tal*” (Winnicott, 1991b, p. 251). De esta manera, la confirmación para el paciente de que, en efecto, se ha comunicado con el analista permite crear el ambiente que necesita para provocar en este último la superación de su problema:

En la forma más sencilla, el analista devuelve al paciente lo que éste le ha comunicado. Bien puede suceder que el analista piense que esta ocupación es fútil, porque si el paciente le ha comunicado algo... ¿cuál sería el objeto de decírselo de vuelta? Salvo, por supuesto, que la finalidad sea hacerle saber que ha oído lo que él dijo y que trata de captar correctamente su significado (Winnicott, 1991b, pp. 251-252).

Así, descubrimos aquí un asunto de especial interés para nuestro objetivo de caracterizar la noción de comunicación en Winnicott: habilita el *holding*. Esto, al igual que con el objeto transicional, el cual no debe ser puesto en cuestionamiento para el bebé (nos referimos al “convenio”, ese mandato que no puede ser violado: “nunca le formularemos la pregunta

“¿Concebiste esto o te fue presentado desde fuera?” Lo importante es que no se espera decisión alguna al respecto. La pregunta no se debe formular” [Winnicott, 2013, p. 43]), no debe ser puesto en duda mediante teorizaciones que distraigan al analista de su función de otorgar el ambiente para el desarrollo del psiquismo del paciente: “Esta es quizá la parte importante de toda interpretación, pero ocurre que este simple propósito a menudo queda oculto debajo de un montón de otras cuestiones, tal como las consignas referidas al uso de símbolos” (Winnicott, 1991b, p. 251). Por eso, muchas veces para Winnicott pareciera que el síntoma *ya ha hecho el trabajo*, por lo que la interpretación del analista viene a confundir al paciente antes que facilitar la cura. El *holding*, el sostén, basta como intervención psicoanalítica. Por ejemplo, respecto de un sueño recurrente que tuvo una paciente, en este mismo artículo describe una viñeta en el que afirma:

El analista no necesita hacer nada en lo que respecta a este sueño, pues el trabajo ya ha sido hecho en el soñar mismo, y luego en el recordar y el comunicar. El recordar y el comunicar son resultados del trabajo realizado en el tratamiento, y tienen el carácter de una bonificación suplementaria *como consecuencia de una mayor confianza* (Winnicott, 1991b, p. 254, énfasis mío).

Obsérvese cómo el “recordar” y el “comunicar” son la contraparte necesaria del síntoma que el paciente debe efectuar para que la cura avance. Confianza, por lo demás, rima con esperanza: ambos conceptos, si se observa, están fuertemente vinculados.

Igualmente, en este artículo es posible ver cierta humildad de la comunicación: esta está inherentemente propensa a la confusión y al error. La falla de la comunicación, en este caso, no debe para Winnicott ser entendida como una resistencia del paciente. Todo lo contrario: se trataría de una inhabilidad natural del analista –como de la madre– para captar *totalmente* las intenciones performativas del paciente/bebé. De hecho, la comunicación de la interpretación siempre comporta un riesgo. Riesgo que, según lo que señalamos en la cita anterior, puede aquilatarse según la confianza que se ha forjado al interior del dispositivo. El analista al que se refiere en la viñeta clínica anteriormente referenciada

Formuló, pues, la interpretación, corriendo el riesgo de echar a perder el trabajo ya realizado, pero abriendo asimismo la posibilidad de que la paciente pudiera avanzar de inmediato. Es una cuestión de criterio, y en este caso el analista *sintió que el grado de confianza era tal que podía proseguir, y hasta cometer un error* (Winnicott, 1991b, p. 254, énfasis mío).

De esta manera, el analista funge como espejo, un reflejo de las intenciones comunicativas del paciente, pero este reflejo sólo puede darse si el analista logra adaptarse a las necesidades del paciente y si el paciente logra “llegar a saber cómo es su analista” (Winnicott, 1991b, p. 252; Schact, 1981), todo lo cual permite el surgimiento de esa confianza estructural para el análisis. Entonces la comunicación, aunque parezca una perogrullada, es basal para el establecimiento del *rapport*. En otro documento, Winnicott se expresa así al respecto: “El psicoanálisis no consiste tan sólo en interpretar el inconsciente reprimido; consiste más bien en proporcionar un marco profesional a la confianza, en el cual esa interpretación pueda llevarse a cabo” (Winnicott, 1994, p. 133).

El *insight*, en consecuencia, emerge como por añadidura: si la interpretación permite dar a conocer *lo que comunica una parte del paciente a la “persona total”*, el *insight* es su consecuencia inmediata. De ahí es parece importantísimo que la devolución de lo comunicado sea una opción más que necesaria como técnica psicoanalítica mirando hacia la cura: “puede ser lo mejor que el analista está en condiciones de hacer en el análisis de ese paciente ese día en particular” (Winnicott, 1991b, p. 253). De todas formas, es el paciente el que *usa* la interpretación y la usa creativamente, por supuesto (Bareiro, 2012). El paciente *debe ser capaz de usar la interpretación para crear con ella* en detrimento del narcisismo del analista: “Si sabemos esperar, el paciente llega a una comprensión en forma creadora y con inmenso júbilo, y ahora disfruto de ese júbilo más de lo que solía gozar con el sentimiento de haber sido [el analista] “inteligente”” (Winnicott, 1991a, p. 263).

La idea del “uso” de la interpretación debe considerarse como resultado de la confianza que surge en el dispositivo. Hasta ahora hemos visto que el tándem conceptual que

se ha descrito en este trabajo es: síntoma → comunicación → interpretación → confianza → *rapport* → *insight* → uso.

La interpretación del analista, si la vemos como objeto para jugar con el mismo analista, tendrá por operación su uso. En un artículo específico sobre el uso del objeto, Winnicott se refiere a la noción de comunicación tejida con una serie de conceptos, en un entramado complejo de operacionalizar. El resultado es entender que el uso se hace únicamente de lo que sobrevive y que la interpretación comunicada por el analista está al servicio del mantenimiento de ese objeto como sobreviviente.

Obsérvese el siguiente pasaje de Winnicott que describe cómo se puede llegar al uso del objeto:

después de «el sujeto se relaciona con el objeto» viene «el sujeto destruye al objeto» (a medida que se vuelve externo); y después puede venir «el objeto sobrevive a la destrucción por parte del sujeto». Pero puede haber supervivencia o no. El sujeto le dice al objeto: «Te destruí», y *el objeto se encuentra ahí para recibir la comunicación*. De ahí en adelante el sujeto dice: «¡Hola, objeto!», «Te destruí», «Te amo», «Tienes valor para mí por haber sobrevivido a tu destrucción por mí», «Mientras te amo, te destruyo constantemente en mi fantasía (inconsciente)». Aquí comienza la fantasía para el individuo. Entonces el sujeto puede usar el objeto que ha sobrevivido (Winnicott, 1991a, p. 267, énfasis mío).

Es posible ver aquí que, como decíamos, la supervivencia del objeto permite su uso, pero la *constatación* de esa supervivencia es a partir de la *comunicación*. La posibilidad de salir –de renunciar– de la omnipotencia sería la comunicación con ese objeto, la emisión de un mensaje de destrucción que no tiene éxito y que luego es de agradecimiento por su pervivencia y que además habilita el narcisismo primario, proceso habilitado por la preocupación maternal primaria (Winnicott, 1999b). Esto solo puede constatarse a su vez por la imposibilidad de que la fantasía del paciente *no coincida* con la realidad del objeto. Dicho de otra manera, el paciente tiene certeza de la realidad del objeto porque su comunicación ha fallado.

Asimismo, hilvanando con lo anterior, la interpretación del analista permite, mediante su falla (retomamos aquí lo de la falla de la comunicación que observábamos anteriormente), ponerse allende la subjetividad del analizante, situar “al objeto fuera de la zona de su control [del paciente] omnipotente, es decir, de percibir al objeto como un fenómeno exterior, no como una entidad proyectiva” (Winnicott, 1991a, p. 267). En suma, el analista se vuelve objeto neutralizando la omnipotencia del paciente vía dependencia en el encuadre analítico. Todo esto nos dice que la condición de posibilidad de la comunicación –esto es, su propensión a fallar tanto desde el analista como desde el analizante– no dificulta, sino que posibilita la cura a partir de la habilitación del uso del objeto.

III. La indefectible falla

Decíamos entonces que la falla es inherente a la comunicación. Los recientes estudios que ponen este tema desde la perspectiva del otro inaccesible, especialmente desde la filosofía francesa (*tout autre*), son numerosos. No nos detendremos en ese recuento. Sin embargo, precisamente por la importancia que presta al lenguaje como ejercicio performativo, usaremos la obra del filósofo francoargelino Jacques Derrida para establecer un puente entre la propuesta clínica de Winnicott y el pensamiento filosófico contemporáneo.

La obra de Derrida está plagada de este problema. Es orientada por este. No obstante, es en el debate con John Searle a partir de la propuesta teórica de los actos de habla de J. L. Austin donde puede obtenerse una visión más clara de su propuesta y de los alcances que puede tener para la clínica de Winnicott.

En “Firma, acontecimiento, contexto”, aparecido por vez primera en 1972 (aunque escrita un año antes para un congreso), se entiende inmediatamente que el objetivo es criticar lo comunicable que tiene la comunicación en sí, su supuesta transparencia, a partir de su concepto mismo: “¿Es seguro que corresponda a la palabra *comunicación* un concepto único, unívoco, rigurosamente dominable y transmisible: comunicable?” (Derrida, 1994, p. 349). Derrida pretende reconocer que el sentido no es transparente, que siempre supone una falla,

algo que no puede ser comprendido a cabalidad por el otro. Esto sucedería porque hay algo que desborda la palabra: la palabra “comunicación” (y cualquiera otra), para el autor,

designa movimientos no semánticos. Aquí un recurso al menos provisional al lenguaje ordinario y a los equívocos de la lengua natural nos enseña, por ejemplo, que se puede comunicar un movimiento o que una sacudida, un choque, un desplazamiento de fuerza puede ser comunicado: entendámonos, propagado, transmitido (Derrida, 1994, p. 349).

Los «movimientos no semánticos» obedecen a lo que llamaría el autor “contexto”. El contexto promueve la equivocidad porque, asimismo, la misma palabra no es capaz de abarcar su contexto en ella. Por ejemplo, en estos momentos el lector está imposibilitado para reconocer en qué contexto estoy escribiendo estas palabras: podría haber música en el ambiente, podría hacer calor o frío o podría estar pasando por una ruptura amorosa. Cualquiera de esas variables *externas al lenguaje* implica un movimiento que está en el corazón mismo de la palabra, aunque escondido. Dado esto, considerando el valor de transporte de sentido que tiene la palabra, es necesario considerarla también como necesariamente trenzada con la metáfora porque la capacidad *desplazante* de la palabra “es precisamente constitutiv[a] del concepto de metáfora por el cual pretenderíamos comprender el desplazamiento semántico que se opera de la comunicación como fenómeno no semio-lingüístico a la comunicación como fenómeno semio-lingüístico” (Derrida, 1994, p. 350). La metáfora será el límite entre concepto y contexto. Y la metáfora está en un contubernio muchas veces oculto con la escritura porque precisa de la ausencia. A partir de aquí –y poniendo como ejemplo la filosofía de la escritura de Condillac–, Derrida critica la idea de comunicación como expresión de un sentido que el humano necesita hacer visible. La escritura, para Condillac, nace de la necesidad de comunicar, por lo que la primera está en condiciones para significar.

La comunicación desde este momento sirve de vehículo a una representación como contenido ideal (lo que se llamará el sentido); y la escritura es una especie de esta comunicación general. Una especie: una comunicación que comporta una especialidad relativa en el interior de un género (Derrida, 1994, p. 355).

Derrida señala esta tesis condillaciana como un resumen de la “ideología” que pone a la escritura como transmisora de un sentido pleno, inconfundible.

Sin embargo, si la escritura nace de la necesidad de comunicar y la escritura tiene como condición de posibilidad la ausencia del origen de ella misma, ¿no sería esto condición de cualquier comunicación? La escritura puede extender a todo aquello que sería la comunicación porque, al igual que con ella, cualquier comunicación implica la ausencia de mi querer-decir. Si el escritor está ausente, el lector, en consecuencia, también lo está. Esa ausencia se mide en la imposibilidad del reconocimiento del querer-decir pleno del emisor. Es más, no sólo es una ausencia en tanto que *efecto*, sino que es la borradura misma como ocultamiento del emisor ante la imposibilidad de reconocer al receptor. Se borran quienes protagonizan el acto comunicativo (Derrida, 1980; 2018).

Aquí ingresa la metáfora.

El uso de un concepto que describe un querer-decir será formulado como metáfora porque el nombre usado nunca representa la singularidad del fenómeno al que alude (mucho menos a las representaciones internas del paciente). La metáfora siempre alude a un código, código que, para ser tal, tiene necesariamente que poder ser repetido por el receptor del mensaje (“[...] una cierta identidad de este elemento (marca, signo, etc.) [proferido mediante la palabra] debe permitir el reconocimiento y la repetición del mismo” (Derrida, 1994, p. 359)). El uso de la metáfora, en consecuencia, es al mismo tiempo confuso y claro. El uso de la metáfora, asimismo, no arrastra sino la historia del concepto y la historia de la persona que la ocupa (uno podría decir, en sede psicoanalítica, el encadenamiento de significantes o representaciones), amén del contexto en el que dice lo que dice. Además, el contexto –ese precipitado de historias– desborda la palabra, que, como sustantivo, es imposible de comunicar algo sino a partir de su iterabilidad, como habíamos dicho.

[...] un signo escrito [ya sabemos que no solo escrito] comporta una fuerza de ruptura con su contexto, es decir, el conjunto de las presencias que organizan el momento desde su inscripción [su fuero interno, la concatenación de representaciones que suceden en un contexto o encuadre analítico]. Esta fuerza de ruptura no es un predicado accidental, sino la estructura misma de lo escrito. Si se trata del contexto denominado «real», lo que acabo de adelantar es muy evidente. Forman parte de este pretendido contexto real un cierto «presente» de la inscripción, la presencia del escritor en lo que ha inscrito, todo el medio ambiente y el horizonte de su experiencia y sobre todo la intención, el querer decir, que animaría en un momento dado su inscripción [esto es, su expresión] (Derrida, 1994, p. 358).

El nombre propio nunca es propio porque puede iterarse. La comunicación está hecha de elementos comunes, pero nunca plenos en su significado

No nos adelantemos demasiado. Hasta ahora hemos hablado de la comunicación como si el emisor y el receptor estuvieran viviendo un acontecimiento de tipo unidireccional. En el dispositivo analítico hallaremos, al menos a partir de lo que revisamos en Winnicott un caso en el que las palabras se dirigen *entre* los partícipes: analista y analizante.

No obstante, estas palabras nunca se encuentran. En *El monolingüismo del otro*, Derrida nos muestra de qué forma la lengua no se posee. Más bien, la lengua no es propia porque proviene del otro. La misma identidad, precisamente por aquello, no se conceptúa a sí misma como una esfera cerrada. Desde la misma idea de lengua *materna*², no podemos decir que pertenece al bebé o al niño el lenguaje que profiere, tampoco del paciente. La singularidad misma queda mellada por la exigencia del uso de un lenguaje que no es propio. La identidad, además, está prefigurada por el deseo o la promesa. La palabra se asume como algo que viene a garantizar el aparecer del sujeto, al mismo tiempo que le quita todo dominio de sí por la imposibilidad de gestionar su propia palabra. Dice el autor:

² No podemos no hacer alusión a los desarrollos teóricos de Lacan sobre el estadio del espejo (2009) y de Aulagnier sobre la violencia originaria (1977). Ambos parecen apuntar a lo mismo: la necesidad del otro para la conformación del mismo como referente de su propio estar en el mundo.

Una estructura inmanente de promesa o deseo, una espera sin horizonte de espera informa toda palabra. Desde el momento en que hablo, aun antes de formular una promesa, una espera o un deseo *como tales*, y allí donde todavía no sé qué me sucederá o qué me espera al final de una frase, ni *quién* ni *lo* que espera quién o qué, me encuentro en esta promesa o esta amenaza, que reúne desde ese momento la lengua, la lengua prometida o amenazada, prometedora hasta la amenaza y *viceversa*, así reunida en su misma diseminación. [...] Sólo se puede hablar de una lengua en esa lengua. Aunque sea poniéndosela fuera de sí misma. [...] este solipsismo condiciona el dirigirse al otro, da su palabra o más bien da la posibilidad de dar su palabra, da la palabra dada en la experiencia de una promesa amenazante y amenazada (Derrida, 1997, p. 36).

En esta larga cita se observan algunos asuntos de importancia para nuestra investigación:

1.º, que la palabra implica una promesa. Se trata de una promesa de que se está diciendo lo cierto, lo cierto para el emisor. Aun si estuviera mintiendo, la misma mentira como estructura que sostiene el decir del emisor, está cierta. Dicho de otro modo, decir “el cielo es rojo” es decir “[te hablo, te digo, te quiero hacer creer que] el cielo es rojo”. ¿No es esto algo que comparten la verdad y la mentira de un paciente? Además, la promesa implica el decir implícito: “Sí, soy yo quien habla. Te lo prometo”. Ese performativo se halla en toda palabra proferida. Asimismo, la promesa, tal como la mencionamos aquí, se emparenta con la relación confianza-esperanza que señalábamos que Winnicott teorizaba, por ejemplo, respecto al bebé. A juicio de Phillips,

[...] si la madre proporciona a su bebé la oportunidad para la ilusión, y dosifica su experiencia de la realidad –aquella que elude su control– entonces la realidad puede potencialmente ser nutritiva y consoladora. Representa para el niño en crecimiento una invitación llena de promesas (Phillips, 1997, pp. 99-100).

¿No es esta “invitación” la que se otorga en el dispositivo analítico cuando se invita al mismo tiempo a asociar libremente?;

2.º, que, al mismo tiempo, la palabra se dirige a lo desconocido, a un quién nunca identificado en su plenitud (por lo que está expuesta a la falla, de ahí la “amenaza”). Si la identidad del sujeto está en entredicho por la lengua que proviene de afuera y de su historia —que prefigura la lengua (recordemos lo de la metáfora)—, ¿cómo estar seguro de la interpretación del otro? De ahí que se halla una indeterminación estructural de lo que se dice. Aquí se abre la posibilidad de la frustración. “Dado que no hay propiedad natural de la lengua, ésta no da lugar más que a la furia apropiadora, a los celos sin apropiación. La lengua habla estos celos, la lengua no es más que los celos desatados” (Derrida, 1997, p. 38). Y la frustración celosa y furiosa es la vía regia al uso del objeto vía crisis de la omnipotencia;

3.º, fuertemente en relación con lo anterior, que la propia palabra (aquí “la lengua”) sólo es propia y al mismo tiempo ajena (“da la posibilidad de dar su palabra”), por lo que también en esto fallará necesariamente (“condiciona el dirigirse al otro”). Aquí se despliega toda la teoría winnicottiana de la “zona intermedia”. El pediatra señala que el símbolo, que podemos ampliar al ancho de la idea de lenguaje y comunicación, es producto de la “unión del bebé y la madre”, pero, al mismo tiempo, implica la separación de ambos (Winnicott, 2013b, p. 159). La madre, de hecho, sólo puede comunicarse en la medida que hay una falla separadora de la comunicación. De otro modo no sería comunicación porque no hay dos separados por una falla. En lugar de eso, sería una omnipotencia, por lo menos en el caso del bebé. Como dice en otro lado Winnicott,

Es posible que para el infante haya comunicación con la madre-ambiente; la pone de manifiesto la experiencia de la *inconfiabilidad* de la madre. El infante está quebrantado, y la madre puede tomar este hecho como una comunicación, si es capaz de ponerse en el lugar de la criatura y reconocer ese quebranto en el estado clínico del infante. Cuando la *confiabilidad* de la madre domina la escena, puede decirse que el infante se comunica por el simple hecho de «seguir siendo», y seguir

desarrollándose en concordancia con los procesos personales de maduración, pero esto apenas merece el nombre de «comunicación» (Winnicott, 1993a, p. 239).

No hay, así, tal cosa como comunicación cuando hay plena concordancia. De ahí que la falla es constitutiva de la comunicación misma. Lo que sí habría es confianza. Asimismo, la “experiencia cultural” como “espacio potencial” se entendería de la misma manera. Abre la posibilidad del juego por cuanto el dispositivo analítico “se da en la superposición de dos zonas de juego: la del paciente y la del terapeuta. Está relacionada con dos personas que juegan juntas” (Winnicott, 2013a, p. 79) sin estar fundidas, claro está, debido a la falla de la que hablábamos y también, como resalta Ogden, a propósito del artículo de Winnicott recién citado, a la posibilidad de que el paciente se comunique *para no ser encontrado* (2018), para garantizar la existencia de un verdadero *self* (un “núcleo aislado”) a partir del levantamiento (necesario por lo demás) de un falso *self* (Aird, 2009; Jacobus, 2005, cap. 6)³; y

4.º, en consecuencia, que la comunicación es una paradoja. Winnicott tendría esto muy presente. Si la lengua no es mía y sin embargo, representa el precipitado de historias, vivencias y fantasías, la originalidad y la tradición están maridan en todo acto de habla. Obsérvese la explicitación de esta paradoja (comprendiendo que la comunicación sería una forma de la cultura):

[...] me interesa, como problema colateral, el hecho de que en campo cultural alguno *es posible ser original, salvo sobre la base de la tradición*. A la inversa, ninguno de los integrantes de la línea de quienes efectuaron aportes a la cultura repite nada, salvo en forma de cita deliberada [...]. Me parece que el juego recíproco entre la originalidad y la aceptación de la tradición como base para la inventiva es un ejemplo más, y muy incitante, del que se desarrolla entre la separación y la unión (Winnicott, 2013b, p. 163).

³ Este asunto es también considerado por Winnicott a propósito de los intercambios teóricos con sus colegas psicoanalistas. Como es sabido, el plimutense demandaba que se le comprendiera por su propia forma de decir las cosas, resistiéndose a hablar en el «lenguaje muerto» del kleinismo de la Sociedad Británica de Psicoanálisis de la época (Taipale, 2021; Winnicott, 1990).

Como puede verse, hay una coincidencia en la variedad de problemas que se despliegan con la concatenación de las ideas de Derrida y Winnicott.

Ahora debemos volver al caso que inaugura este trabajo.

IV. Volviendo a la cuerda: el funambulismo del analista

El caso clínico, la cuerda, al que referimos al comienzo de esta investigación no es sino una metáfora. Queda, como ya hemos dicho, a resorte del lector el valor que le da. Sin embargo, hemos de considerar esta viñeta como representante de la situación analítica, en la cual la comunicación inherentemente fallida se distribuye en todo el campo que Winnicott describe. El analista camina sobre estas cuerdas: la suya en su interpretación, la del niño en su metáfora de la cuerda, en la de la madre y sus intentos de comunicar la interpretación al niño. Todas las cuerdas están flojas: la metáfora también cruza el discurso de cada uno de los actores aquí descritos.

En este escenario, el analista funge como funambulista. Y, por supuesto, este funambulismo es inestable, una representación de un discurso a duras penas filiforme, que en cada ángulo de su interpretación puede acabar en el fallo. El fallo, como vimos, provocaría la cura. Por otro lado, si la comunicación tiene éxito (éxito siempre parcial), puede provocar la necesaria confianza para el establecimiento del *rapport* y la esperanza del paciente de encontrar a futuro la cura. Este doble potencial decurso de la comunicación es referido en estos términos por Winnicott:

El terapeuta busca la comunicación del niño y sabe qué, por lo general, no posee un dominio tal del lenguaje que le permita transmitir las infinitas sutilezas que pueden hallar en el juego quienes las busquen [estas sutilezas no solo son para la construcción de la teoría, sino para la comunicación hacia el paciente]. [...] Todo lo que diga sobre el jugar de los niños también rige, en verdad, para los adultos, sólo que el asunto se hace de más difícil descripción cuando el material del paciente aparece

principalmente en términos de comunicación verbal. [...] debemos esperar que el jugar resulte tan evidente en los análisis de los adultos como en el caso de nuestro trabajo con chicos. Se manifiesta, por ejemplo, en *la elección de palabras, en las inflexiones de la voz, y por cierto que en el sentido del humor* (Winnicott, 2013a, p. 81, énfasis míos).

¿Acaso no es ahí, en la confusión de las lenguas (la referencia a Ferenczi (2016) no la hago al azar), donde el juego se hipostasia como resultado de la limitación del analista de interpretar y comunicar la interpretación? El juego se describe aquí como una operación que reduce la incomprensibilidad de la palabra a partir de la puesta en marcha de procesos que no requieren de la verbalización (aunque también son equívocos). Después de todo, a pesar de esa intención de reducir lo incomprensible, la apertura a la sorpresa en el dispositivo será tanto o más valiosa a partir del otorgamiento de un *holding* que fortalece esa comunicación (Lanyado, 1996). Es decir: incomprensibilidad y sorpresa también forman parte de la construcción de la comunicación en el encuadre. El analista es un funambulista porque no tiene las palabras, porque puede equivocarse, porque requiere del juego para disponerse de material para interpretar. De hecho, y para ser categóricos, Winnicott es taxativo al decir que “*lo universal es el juego*”, que “el psicoanálisis se ha convertido en una forma muy especializada de juego al servicio de la comunicación consigo mismo y con los demás” (Winnicott, 2013a, p. 83).

Hemos encontrado elementos en la filosofía derridaniana⁴ para explicar la inherente condición del lenguaje y de la comunicación de ser escenarios de este funambulismo, del equívoco que implica la comunicación y el jugar y que son estructurantes del dispositivo analítico y del psicoanálisis en sí mismo y sus desarrollos teóricos y, sobre todo clínicos, en

⁴ Si bien la voz para expresar aquello relativo a Derrida o a su obra ha sido comúnmente “derridiano” o “derrideano”, debemos decir que es un barbarismo. Cuando se trata de adjetivos deonomásticos (esto es, que se refieren a una persona, lugar, a un nombre propio.), a aquellas palabras de origen terminan en vocal tónica (Dalí, Rousseau, Escrivá, etc.) se les agrega una -n- por razones fonotácticas (daliniano, rousseauiano, escrivaniano, etc.). De esta manera, además, se mantiene la tonicidad de la vocal final del apellido de la figura a la que se hace alusión. Para proponer esto, usamos como referencia los trabajos de Rainer (1993), Díaz Rojo (2001) y Martínez de Sousa (2012).

particular, la necesidad de que se contemple la inherente imposibilidad de la plena comunicación, presente a sí, para su habilitación.

Aún más, debemos destacar un proceso que se ha pasado por alto en la referencia anterior: el cordel emana de un rechazo. “El rechazo, en cuanto tal, *se convierte en una cosa en sí mismo*” (Winnicott, 2013c, p. 53, énfasis mío). La hipóstasis del rechazo podrá devenir dos opciones: un uso esperanzado o la cristalización de la representación de la cosa como recurso para sobrevivir a la amenaza de destrucción (lo que en el apartado anterior decíamos sobre la necesidad de no ser encontrado).

En el encuadre analítico, donde la palabra se apodera de todo el espacio intermedio, la amenaza de frustración de la comunicación permite la creación del objeto del analista, posibilitando su uso. El analista se hipostasía en la forma de un emisor que funge como espejo trizado, pero al mismo tiempo el analista camina sobre la cuerda que el niño entrega en forma de lenguaje, habilitándose como analista. La vocación del analista se trasluce en ese uso de las palabras del paciente, tal como el paciente tiene la segunda oportunidad de continuar con su proceso de desarrollo.

Referencias bibliográficas

- Abram, J. (2007). *The Language of Winnicott: A Dictionary of Winnicott's Use of Words* (2.^a ed.). Routledge.
- Aird, E. (2009). In a Third Space: Working with Writers and Artists. *Attachment: New Directions in Relational Psychoanalysis and Psychotherapy*, 3(1), 20-27.
- Alencar, R., & Franco, W. de A. C. (2020). Psicanálise e desconstrução: A clínica como o umbigo indesconstrutível da psicanálise. *Lacuna: uma revista de psicanálise*, 10. <https://revistalacuna.com/2020/12/17/n-10-14/>
- Anderson, J. W. (2014). How D. W. Winnicott conducted psychoanalysis. *Psychoanalytic Psychology*, 31(3), 375-395. <https://doi.org/10.1037/a0035374>
- Bareiro, J. (2012). *Clínica del uso de objeto: La posición del analista en la obra de D. W. Winnicott*. Letra Viva.
- Bitan, S. (2012). Winnicott and Derrida: Development of logic-of-play. *The International Journal of Psychoanalysis*, 93(1), 29-51. <https://doi.org/10.1111/j.1745-8315.2011.00495.x>
- Castoriadis-Aulagnier, P. (1977). *La violencia de la interpretación: Del pictograma al enunciado* (V. Fischman, Trad.). Amorrortu.
- Derrida, J. (1980). *La carte postale: De Socrate à Freud et au-delà*. Flammarion.

- Derrida, J. (1994). Firma, acontecimiento, contexto (pp. 349-372). En C. González Marín (Trad.), *Márgenes de la filosofía*. Cátedra.
- Derrida, J. (1997). *El monolingüismo del otro: O la prótesis de origen*. Manantial.
- Derrida, J. (2018). *Limited Inc*. Pólvora.
- Díaz Rojo, J. A. (2001). Nociones de neología. La formación de derivados y compuestos a partir de nombres propios de personas. *Panace@*, 2(5), 25-30.
- Ferenczi, S. (2016). Confusión de lenguas entre los adultos y el niño. El lenguaje de la ternura y de la pasión (L. M. Cabré, Trad.). *Revista de Psicoanálisis*, 77, 39-51.
- Green, A. (1975). The analyst, symbolization and absence in the analytic setting (on changes in analytic practice and analytic experience). En memory of D. W. Winnicott. *The International Journal of Psycho-Analysis*, 56(1), 1-22.
- Jacobus, M. (2005). *The Poetics of Psychoanalysis: In the Wake of Klein*. Oxford University Press.
- Lacan, J. (2009). El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica (pp. 99-105). En T. Segovia (Trad.), *Escritos 1*. Siglo XXI.
- Lanyado, M. (1996). Winnicott's children: The holding environment and therapeutic communication in brief and non-intensive work. *Journal of Child Psychotherapy*, 22(3), 423-443. <https://doi.org/10.1080/00754179608254517>

- Legrand, D. (2021). Témoigner de la rencontre de la mort et de la vie: Derrida lecteur de Blanchot lecteur de Winnicott. *Philosophie*, 151, 50.
<https://doi.org/10.3917/philo.151.0050>
- Martínez de Sousa, J. (2012). *Manual de estilo de la lengua española (MELE 4)* (4.^a ed.). Trea.
- Martínez, H. G. (2016). *Donald Winnicott en el movimiento psicoanalítico* [Libro electrónico]. EUDEM.
- Ogden, T. H. (2018). The feeling of real: On Winnicott's "Communicating and Not Communicating Leading to a Study of Certain Opposites". *The International Journal of Psychoanalysis*, 99(6), 1288-1304.
<https://doi.org/10.1080/00207578.2018.1556071>
- Parker, I. (2014). Análisis lacaniano de discurso en Psicología: Siete elementos teóricos (pp. 51-70). En I. Parker & D. Pavón-Cuéllar (Eds.), & D. Pavón-Cuéllar & F. Gamboa Solís (Trads.), *Lacan, discurso, acontecimiento: Nuevos análisis de la indeterminación textual*. Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo; Plaza y Valdés Editores.
- Parker, I., & Pavón-Cuéllar, D. (2021). *Psicoanálisis y revolución: Psicología crítica para movimientos de liberación*. Pólvora.
- Pavón-Cuéllar, D. (2014). *Elementos políticos de marxismo lacaniano*. Paradiso.
- Phillips, A. (1997). *Winnicott*. Lugar.
- Puget, J. (1991). Violencia social y psicoanálisis. De lo ajeno estructurante a lo ajeno-ajenizante (pp. 25-56). En J. Puget & R. Kaës (Eds.), *Violencia de Estado y psicoanálisis*. Lumen.

Puget, J., & Wender, L. (1982). Analista y paciente en mundos superpuestos. *Psicoanálisis*, 4(3), 503-536.

Rainer, F. (1993). *Spanische Wortbildungslehre*. Niemeyer.

Rodulfo, R. (2004). *El psicoanálisis de nuevo: Elementos para la deconstrucción del psicoanálisis tradicional*. EUDEBA.

Rodulfo, R. (2009). *Trabajos de la lectura, lecturas de la violencia: Lo creativo-lo destructivo en el pensamiento de Winnicott*. Paidós.

Schact, L. (1981). The Mirroring Function of the Child Analyst. *Journal of Child Psychotherapy*, 7(1), 79-88. <https://doi.org/10.1080/00754178108255018>

Stiegler, B. (2010). *Ce qui fait que la vie vaut la peine d'être vécue: De la pharmacologie* [Libro electrónico]. Flammarion.

Taipale, J. (2021). The illusion of contact: Insights from Winnicott's 1952 letter to Klein. *The International Journal of Psychoanalysis*, 102(1), 31-50. <https://doi.org/10.1080/00207578.2021.1878005>

Winnicott, D. W. (1960). String. *Journal of Child Psychology and Psychiatry*, 1(1), 49-52. <https://doi.org/10.1111/j.1469-7610.1960.tb01978.x>

Winnicott, D. W. (1965). *The Maturation Processes and the Facilitating Environment: Studies in the Theory of Emotional Development*. International Universities Press.

Winnicott, D. W. (1981). *El proceso de maduración en el niño (Estudios para una teoría del desarrollo emocional)* (3.^a ed.). Laia.

- Winnicott, D. W. (1990). Carta a Melanie Klein (pp. 88-93). En F. R. Rodman (Ed.), & L. Wolfson (Trad.), *El gesto espontáneo. Cartas escogidas*. Paidós.
- Winnicott, D. W. (1991a). El uso de un objeto y el relacionarse mediante identificaciones (pp. 263-273). En C. Winnicott, R. Shepherd, & M. Davis (Eds.), & L. Wolfson (Trad.), *Exploraciones psicoanalíticas I*. Paidós.
- Winnicott, D. W. (1991b). La interpretación en psicoanálisis (pp. 250-255). En C. Winnicott, R. Shepherd, & M. Davis (Eds.), & L. Wolfson (Trad.), *Exploraciones psicoanalíticas I*. Paidós.
- Winnicott, D. W. (1991c). Psicogénesis de una fantasía de ser pegado (pp. 64-67). En C. Winnicott, R. Shepherd, & M. Davis (Eds.), & L. Wolfson (Trad.), *Exploraciones psicoanalíticas I*. Paidós.
- Winnicott, D. W. (1991d). Psicología de la separación (pp. 157-160). En C. Winnicott, R. Shepherd, & M. Davis (Eds.), & L. Wolfson & N. Rosenblatt (Trad.), *Deprivación y delincuencia*. Paidós.
- Winnicott, D. W. (1993a). El comunicarse y el no comunicarse que conducen a un estudio de ciertos opuestos (pp. 234-252). En J. Piatigorsky (Trad.), *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador: Estudios para una teoría del desarrollo emocional*. Paidós.
- Winnicott, D. W. (1993b). *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador: Estudios para una teoría del desarrollo emocional* (J. Piatigorsky, Trad.). Paidós.

- Winnicott, D. W. (1994). La cura (pp. 130-140). En C. Winnicott, R. Shepherd, & M. Davis (Eds.), & A. Negrotto (Trad.), *El hogar, nuestro punto de partida. Ensayos de un psicoanalista*. Paidós.
- Winnicott, D. W. (1999a). Aspectos metapsicológicos y clínicos de la regresión dentro del marco psicoanalítico (pp. 371-390). En J. Beltrán (Trad.), *Escritos de pediatría y psicoanálisis*. Paidós.
- Winnicott, D. W. (1999b). Preocupación maternal primaria (pp. 397-404). En J. Beltrán (Trad.), *Escritos de pediatría y psicoanálisis*. Paidós.
- Winnicott, D. W. (1999c). Variedades clínicas de la transferencia (pp. 391-396). En J. Beltrán (Trad.), *Escritos de pediatría y psicoanálisis*. Paidós.
- Winnicott, D. W. (2013a). El juego: Exposición teórica (pp. 79-98). En F. Mazía (Trad.), *Realidad y juego*. Gedisa.
- Winnicott, D. W. (2013b). La ubicación de la experiencia cultural (pp. 157-168). En F. Mazía (Trad.), *Realidad y juego*. Gedisa.
- Winnicott, D. W. (2013c). Objetos transicionales y fenómenos transicionales (pp. 27-62). En F. Mazía (Trad.), *Realidad y juego*. Gedisa.
- Winnicott, D. W. (2023). Algunos aspectos psicológicos de la delincuencia juvenil (pp. 69-76). En L. Caldwell & H. T. Robinson (Eds.), & R. Rojas, L. Tuane, & G. López (Trads.), *Donald W. Winnicott. Obras completas. Volumen 3. El odio en la contratransferencia, escritos sobre deprivación y crianza y notas sobre el objeto transicional*. Pólvora.